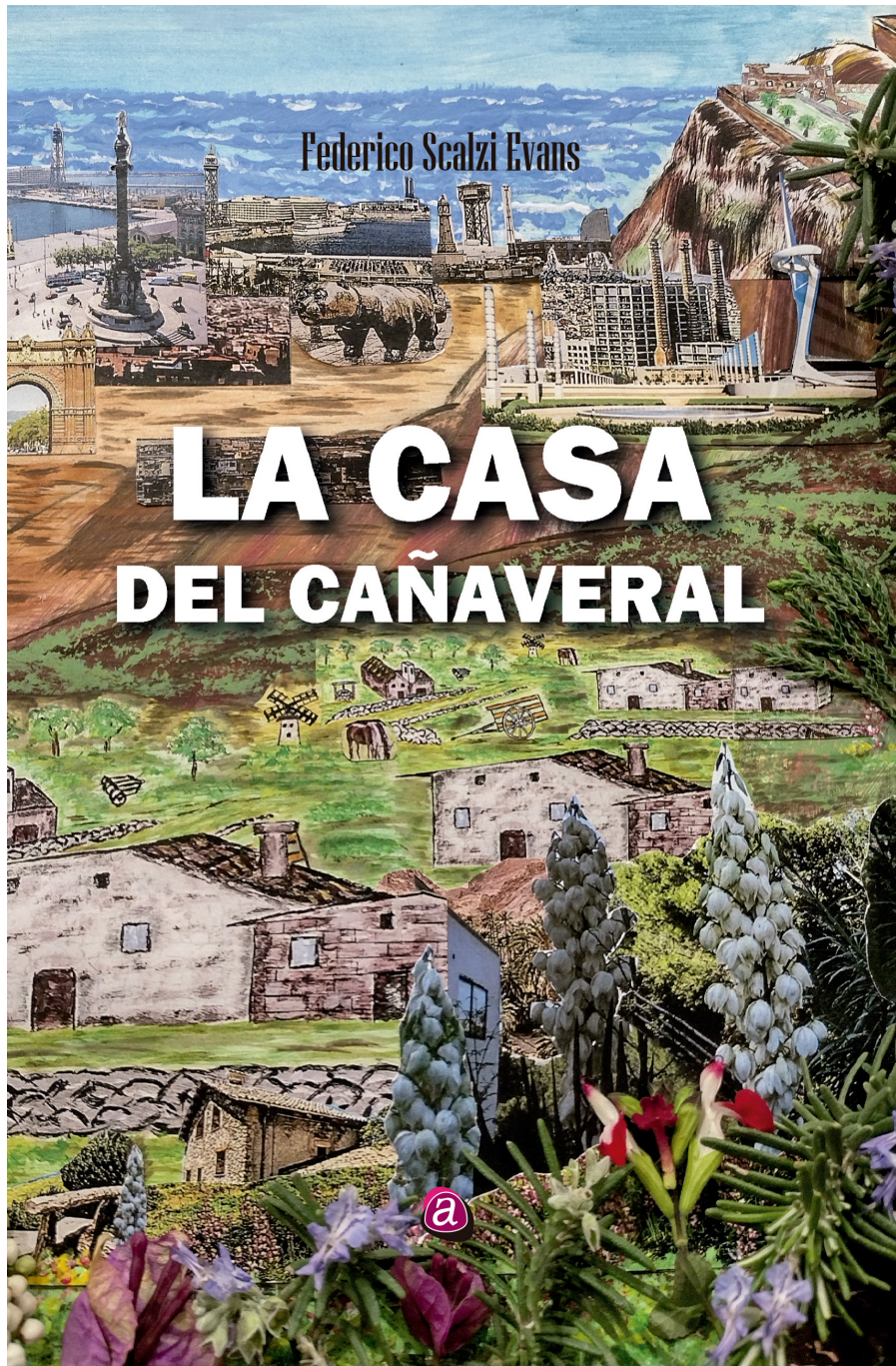




Federico Scalzi Evans

LA CASA DEL CAÑAVERAL

a

LA CASA DEL CAÑAVERAL

Federico Scalzi Evans



Ediciones Albores

LA CASA DEL CAÑAVERAL

1ª Edición: Sevilla a 20 de Julio de 2022

©Copyright de la obra y de la portada: Federico Scalzi

©Copyright de la edición: Ediciones Albores

Email: info@edicionesalbores.com

ISBN: 978-84-19385-13-0

Depósito Legal: SE 1414-2022

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada. La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

-INTRODUCCIÓN

La historia y la memoria del ser humano están distorsionadas debido al sincretismo estratégico, al engaño y al olvido. En este relato toco cuerdas que reverberan en amigos y personas allegadas, le pido perdón si alguno de ellos se siente herido o se sonroja al verse reflejado, mi intención es compartir la filosofía y la psicología que nos atañe a todos los seres humanos.

En un paisaje difuminado, en el colodión de los recuerdos, detrás de las cortinas deshilachadas del tiempo, pisando las tablas de un siglo cualquiera donde se desarrolla el drama, los brujos hablan con el fuego y leen el humo. La primera antorcha trajo en simbiosis inevitable las primeras sombras artificiales, tal vez se dominó el fuego, pero no sus fantasmas, tal vez se dominó la palabra, que sale como flecha de nuestras cuerdas vocales, pero no su sombra, la sugestión que causa. Hay lugares prohibidos fuera del cuerpo, hay lugares sin religión dentro de la mente, fue en el zaguán de las cuevas, debajo de un árbol, donde la luz y la sombra se turnaban, se enredaban, se retorcían, se amaban y se odiaban. Las sombras y los espejos coinciden en una de sus características, solo pueden copiar, característica que también se le atribuye a los demonios y a las pantallas en general. Solo la imaginación puede crear un ser terrible y extraño con un cuerpo hecho de sombra, con alas de sugestión y ojos de espejos. Las plantas guardan el secreto, un árbol se deshoja imperceptiblemente, así como se extingue la luz de una vela y cae en lágrimas de cera, como la nieve del invierno, de color rojo intenso los pétalos desparrramados en el jardín, la rosa convertida en tiempo.

Luego todo era pueblo, no había excesos de grasa, sal y azúcar, lejos estaban del gluten y del alcohol, no era extraño el gusto de la savia ni el rugir de los glaciares, pocos habían visto una

rueda. Las armas no estaban desarrolladas y eran de corto alcance, la valentía era un requisito fundamental para portarlas.

Los forasteros avanzaban de generación en generación, pisando la tierra sin poblar, sin llegar, sin destino, soberanos de los bosques, mares y cavernas. El tiempo es de gelatina y se deja moldear en el taller de la onírica percepción, así como el imán al hierro, la naturaleza al ser humano.

El progreso se puso en marcha sin un fundamento claro, tal vez caprichos, tal vez miedo, o el tedio lo encendieron y comenzó a girar la maquina en el galpón del futuro, en las necesidades de la guerra y del placer. Las estrellas se convirtieron en faros que guían a los marinos, el bosque de álamos hoy es la estación de metro “la alameda”. El antiguo camino que bajaba del monte y llegaba al mercado en procesión de carros y caballos, hoy es la calle “carretas” donde las viñas y el trigo colgaban de las colinas, la estación del tren se llama “molino nuevo” y, más allá, donde están las ruinas romanas la bautizaron “torre vieja”.

Las campanas en cuarto creciente bajan a la ciudad como el sol de la tarde, en la parte del llano donde la lluvia se quedaba mansa y tranquila el pasaje se llama “la laguna”.

El camino del agua dibujo grandes avenidas y ramblas en la ciudad de Barcelona, en otra época donde hoy está la rambla de las flores bajaba un río donde circulaba el agua desde la montaña hasta el mediterráneo, el río de sota, hoy la rambla es un río de gente, o sea, ocurrió una transformación mágica, sigue siendo un río, anteriormente de agua que circulaba buscando el mar y hoy es un río de gente que también circula buscando el mar. El río se convirtió en energía, el río reencarno en la gente, la rivera cobro vida y los templos dispuestos a su orilla formaron el valle, mar de fondo, ladrillos gastados y hacia el horizonte el bosque y la montaña, hojas secas, el casco de los caballos anuncia la llegada de forasteros de tierras lejanas. Los templos conocieron el fuego de las bullangas de mil ochocientos treinta, los ladrillos pesados quedaron en pie, el fuego sabía que paredes quemar. El

rio se convirtió en baldosas y fue testigo de las bombas que un día cayeron y sembraron de esquirlas la memoria. La rivera se convirtió en progreso y fue escaparate de moda, las flores adornaron su cauce que hoy es rambla y ciudad. Muchas generaciones pasaron desde los layetanos hasta la inauguración de la ciudad de Barcelona, el mar trajo naufragios, el puerto, trabajadores del hierro y el algodón.

-AROMAS Y EMBRUJO

Barcelona está flanqueada por el mar y la montaña, el puerto recibe las aguas del Mediterráneo y el Collserola rodea la ciudad con sus montañas y parques naturales. Subiendo al monte, siguiendo el sendero hacia el valle occidental, se encuentra una masía construida hace mucho tiempo, desde allí se ve toda la ciudad, el mar, el fuerte del Montjuïc y la desembocadura del río. Cambio de dueños, mudo su fachada, cayó en el olvido y últimamente funciona como restaurante. Cuando se construyó aquella edificación, la ciudad tenía ese encanto característico de un ambiente cosmopolita donde se ven representaciones de todas las razas y religiones. Rodeada de árboles y plantas desde sus ventanas se puede apreciar el color de las estaciones, el manto de estrellas por la noche, la lluvia y el barro. Por las mañanas, lentamente la rodea el vaho de la montaña que se desliza y comienza a flotar hasta convertirse en nube. Rodeada de bosques y flores, de mar y montaña, la casa recibe a los visitantes con un cañaveral siempre verde, esbelto, flameando como bandera al viento, como señal de agua escondida bajo la tierra.

En el restaurante la actividad comenzaba muy temprano por la mañana cuando Emilio encendía el fuego para las parrillas y el horno de barro. A medida que llegaban los trabajadores se vestían con el uniforme de cocina y se incorporaban a la actividad que ya era una rutina para ellos. Elena, la hija del dueño, preparaba los postres, José hacía las torradas de pan de pajes y los calsoz, Juanito ayudaba a cortar embutidos y tareas en general y Harry se encargaba del horno principal. Los domingos también venía Roberto a la parrilla y los lunes subía Andrea y se ocupaba de la lavandería, Marcia y Patricia eran las camareras.

Por la mañana bajaban al huerto en busca de hojas de laurel, tomillo y romero y, por la tarde, Harry recolectaba ciruelas para hacer mermelada. La magia y el perfume de las especias invadía el ambiente como si fueran inciensos que nos trasladan, a veces,

a la infancia, a veces, a lugares donde hemos vivido. Laurel, vainilla y azahar, fruta y brillo para embriagar el paladar; sal y pimienta, ajo y perejil para realzar el sabor; shitake y kimchi para tocar los graves, limón y miel para los opuestos. A medida que avanzaban en la faena los aromas invadían la cocina, el primero en llegar era el de la leña y las ramas de sarmiento, augurando buenos desayunos y comidas, luego el beicon y el pan tostado, el pimiento asado para la escalivada y, a media mañana, la canela y la naranja de los postres. Durante el servicio del mediodía se sucedían las preparaciones y aromas de forma aleatoria, según el pedido de los comensales; paella marinera con limón, flambeado de brandy para los caracoles a la llauna y poco a poco la sinfonía llegaba a su pleno con el humo del azúcar quemada para la crema catalana. Cuando un camarero abría la puerta de la cocina entraba el rumor de la gente y el ruido de los cubiertos y platos que hacían al comer, cuando cerraba la puerta, otra vez se escuchaba el bullir del fumet, el crepitar de la leña y el fuego y el burbujear del aceite cuando entraba una ración para freír.

- ¿Qué tal la semana? pregunto José.

- Estudiando, tengo exámenes la semana que viene, respondió Juanito.

- Paseando por el centro y el puerto, me hace falta el aire del mar, ese que llega después de la ola, contesto Harry.

- Yo lo de siempre dijo Emilio, ayer estuve en el bar latino, mandó saludos para todos la camarera.

- Que necesitas para hoy, pregunto Juanito.

- Las alcachofas al horno y el ajo y perejil, supongo que Elena traerá la compra que necesitamos para las demás preparaciones, contesto Harry.

Emilio ayudaba en todas las preparaciones y fundamentalmente se encargaba de los asados y los ponía dentro del horno de barro a fuego lento para que se cocinen toda la mañana. Hacía el mediodía el calor que emanaba de las parrillas era excesivo.

Los fines de semana del invierno eran de mucha concurrencia, la gente se veía atraída por las preparaciones típicas de la región donde la principal atracción eran los calsoetz con salsa romesco. Un sábado al mediodía se terminó la salsa a mitad del servicio y Ángel, el dueño del restaurante, siempre con muy buena disposición comenzó a prepararla rápidamente.

Harry aprovecho a mencionar un dicho popular:

-Te toco bailar con la más fea.

-No es la primera vez, replicó Ángel con una sonrisa, vino mucha gente hoy, supero las expectativas y mientras preparaba la salsa le pregunto:

- ¿Qué piensas tu del cielo y el infierno?

-Sorprendido por la pregunta Harry se rio y le contesto: el infierno es en el aquí y en el ahora, lo de todos los días, el cielo es caminar sin miedo en el infierno. Tú tienes suerte de ser Ángel, agrego riendo, haciendo alusión a su nombre.

En el cielo se ven los círculos del águila y en el estanque la paciencia de la cigüeña.